

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Mayo de 1936

Núm. 131

Puntos de vista

Spengler.

La muerte de Spengler es, indudablemente, un acontecimiento de gran magnitud. Debemos considerarlo como tal, porque con Spengler, desaparece uno de los más originales poetas de la filosofía de la historia. Cuando publicó su DECADENCIA DE OCCIDENTE, especie de desfile de las culturas hacia el abismo, fueron muchos los pensadores que rebatieron su concepción del fracaso de la civilización de la cual su propio pueblo formaba parte. Sin embargo, los últimos años de su existencia los dedicó a exaltar el prusianismo, al cual colocó por encima de todas las formas raciales europeas. El libro máximo de Spengler fué escrito cuando Alemania parecía encontrarse en el pináculo de sus victorias militares, y cuando él mismo había vaticinado el triunfo final de Alemania en la gran Guerra Europea. Su profecía no se cumplió. Pero años más tarde, envuelto en la amarga atmósfera de la derrota, Spengler comenzó a sentir que la fibra de la potencialidad alemana estaba intacta y su erguimiento en el continente, su esperanza y su vigor como nacionalidad, revelaban una firmeza extraordinaria de carácter. Fueron éstos para Spengler los años de decisión.

Tales años quedaron aprisionados en un libro exaltado, en el cual el poeta y filósofo se reconciliaba con la vida orgullosa del prusianismo y volvía a levantar su voz para proclamarlo como el mayor bien de Europa. Dijo Spengler que Alemania sería la última nación europea que caería víctima de la disgregación. Por de pronto, el nacionalismo frenético de que está impregnada, su deci-

sión poderosa de retornar al primer plano entre las potencias, saltando por encima de las barreras del formulismo jurídico internacional son muestras evidentes de tal voluntad de supremacía.

La concepción, si pudiera decirse, espiral de la civilización, produjo, ciertamente, una gran impresión en el pensamiento europeo. Trazaba en su libro *Decadencia*, el proceso crítico de las culturas con un poder de erudición pasmoso. Spengler consideraba a la humanidad como el centro de varias civilizaciones enteramente independientes. Cada una—azteca, arábiga, china, egipcia y otras—se completa dentro de sí misma y ninguna depende de las demás. Pero una misma ley de movimiento las une por en medio de su estructura. Las civilizaciones, para él, progresaban en círculo. Por eso rastreó los orígenes de cada una en sus costumbres elementales, en la vida doméstica, en la música y en las danzas y las hizo trepar en la teoría de los círculos a medida que se refinaban, en los aspectos de la vida urbana, en la economía cada vez más armónica, en la evolución de las ideas religiosas, en la bondad de los gobiernos o en la compleja perfección de la administración hasta tocar la cúspide del enriquecimiento y del poder en manos de unos pocos, con la consiguiente degeneración de la autoridad. Una vez descompuesta la autoridad, fatalmente sobrevénía la caída y por tanto el arrasamiento de la propia civilización sobre la cual se había elevado el poder. Pero Spengler encontraba que a través de todo derrumbe, en el fondo de todo movimiento circular de cualquier civilización, las masas aldeanas permanecían sin sufrir conmoción alguna, entregadas a la vida sorda de la vegetación.

Spengler se había entregado al pesimismo que ya impregnaba a Europa, en la ante-guerra y en la postguerra. Más intenso en esta etapa por lo mismo que la civilización había dado un salto mortal sobre el abismo y había hecho retroceder los dones más bellos de la conquista espiritual y técnica. Fijó Spengler en un libro que tuvo tanta fortuna como la *Decadencia*, los puntos de su egoísmo de europeo, respecto de los pueblos de color. Este libro EL HOM-

BRE Y LA TÉCNICA, produjo también en el mundo del pensamiento occidental una profunda impresión.

Para él, el mundo artificial envenena al mundo natural. Todo quiere someterse a máquina. La máquina ordena y el hombre corre tras ella, apenas como un insecto que una ráfaga más fuerte lleva a su antojo. Ya no se ven—exclamaba—prados llenos de rebaños pastando, sin pensar en el aprovechamiento de su carne. Los bellos oficios antiguos se substituyen rápidamente por realizaciones técnicas. El hombre quiere realizar, a toda costa y la máquina se ha convertido hoy en un símbolo. Sin embargo, el pensamiento fáustico comienza a hartarse de la técnica. Como en Roma en tiempos de Augusto, los hombres ahitos de vida y de civilización huyen y buscan refugio o en continentes más primitivos o en el suicidio. Una orla pesimista exorna toda la anchura de su pensamiento dolorido. «Comienza la fuga de los directores nativos ante la máquina, expresó. Dentro de poco sólo habrá disponibles talentos de segundo orden, epígonos de una gran época. Todo gran empresario comprueba la disminución de las calidades espirituales en la descendencia. Ahora bien, la grandiosa evolución técnica del siglo XIX fué posible, exclusivamente en virtud del nivel espiritual creciente. No sólo la disminución sino, simplemente, la detención es peligrosa y señala hacia un término, por muchas que sean las manos preparadas que se apresten al trabajo».

El paso de la técnica a los países de color fué para Spengler el comienzo de los errores decisivos, o lo que es lo mismo, la ruina de la civilización occidental. En vez de mantener secreto el saber técnico—prorrumpió en medio de su desolación—es decir, el mayor tesoro que los pueblos blancos poseían, fué ofrecido a todo el mundo orgullosamente, en todas las escuelas superiores, de palabra y por escrito y se aceptaba con orgullosa satisfacción la admiración de los indios y de los japoneses. En lugar de exportar productos se exportaban secretos, procedimientos, métodos de ingenieros y organizadores. Hasta los inventores empezaron a emigrar. Todos los hombres de color penetraron en el secreto de nuestra fuerza, lo com-

prendieron y lo aprovecharon. Los japoneses llegaron a ser en treinta años, técnicos y peritos de primer orden y en la guerra contra Rusia demostraron una superioridad técnica militar de la que sus maestros mismos pudieron aprender. El egoísmo spengleriano era de un duro contenido.

Sus palabras finales, en ese libro que es como el canto de una naturaleza humana que no se resigna a morir, son graves y melancólicas. Parecen como la postrer lamparada de una civilización que ha sido cercada por los enemigos y se encuentra en trance de sucumbir. El mundo de los primitivos se ha llenado con los dones de la civilización fáustica y asestará el golpe de muerte a la poderosa civilización blanca, que asesinó sin piedad en la Gran Guerra, con instrumentos perfectos y que demostró ser tan sanguinaria y cruel como las razas repudiadas de color.

«En vista de este destino—escribió Spengler en la página final de *EL HOMBRE Y LA TÉCNICA*—sólo hay una concepción del Universo que sea digna de nosotros: la ya citada de Aquiles, cuando dice que mejor es una vida breve, llena de hazañas y de glorias que una vida larga sin contenido. El peligro se ha hecho tan grande para cada individuo, cada clase, cada pueblo, que es deplorable el pretender engañarse. El tiempo no puede detenerse. El optimismo es cobardía. Hemos nacido en este tiempo y debemos recorrer violentamente el camino hasta el final. No hay otro. Es nuestro deber permanecer sin esperanzas en el puesto ya perdido. Permanecer como aquel soldado romano, cuyo esqueleto se encontró delante de una puerta de Pompeya y que murió, porque al estallar la erupción del Vesuvio, olvidáronse de licenciarlo. Eso es grande; eso es tener raza. Ese honroso final es lo único que no se le puede quitar al hombre».

Había, sin embargo, en Spengler una como intuición poderosa de América. Había visto ya en el «continente del tercer día de la creación», como expresara Keyserling, la transmigración o el escenario de una civilización que podría ser como el escudo de Eu-

ropa, y en la cual los dones fáusticos tendrían el equivalente perdido en las espesas resacas de la decadencia vaticinada para la que fué madre de la nuestra. Esa esperanza en el continente virgen, esa se arrojada como áncora cuando se presiente el naufragio, subía en el corazón del visionario germano, como en el amanecer desde un barco, las costas apenas diseñadas de la tierra prometida.